

Era lógico que, siendo Santa Teresa tan amiga de “letras y letrados”, sus hijos, los carmelitas descalzos, cultivasen y favoreciesen el desarrollo de la ciencia dentro de los límites apostólicos de su vida contemplativa. Un ejemplo evidente lo tenemos en la biblioteca del convento de San José, de Barcelona, puesta a la disposición del público desde mediados del siglo XVII, de la que nos place ofrecer una reseña histórica.

Los carmelitas descalzos fundaron en Barcelona el 25 de enero de 1586, estableciéndose en las llamadas Ramblas de Barcelona y que luego han recibido diversas denominaciones impuestas por las entidades de más nombradía que han vivido en ellas. Así por ejemplo, la Rambla de San José recibió su actual denominación por estar enclavado en ella el convento de carmelitas descalzos dedicado a este santo, donde radicaba, precisamente, la famosa biblioteca que nos ocupa. Ésta sabemos que nació junto con la comunidad carmelitana puesto que “desde su principio cuidó esta casa de agregar los libros más necesarios y provechosos, y formó una librería muy buena”, si bien, hasta la primera mitad del siglo XVII, el número de volúmenes no rebasaban la cifra de dos mil. Pero un considerable legado de don José Jerónimo Besora a favor del convento descalzo vino a engrosar la biblioteca de San José. Este ilustre canónigo de Lleida, hijo empero de la Ciudad Condal, donó toda su biblioteca particular, compuesta de 5.573 tomos, a los carmelitas descalzos de Barcelona; donativo que hizo efectivo por conducto del notario Francisco Llauder, el 6 de marzo de 1665. Ocho mil volúmenes eran suficientes para hacer pensar a los superiores carmelitas en un edificio *ad hoc* y no en una simple biblioteca conventual, teniendo también en cuenta que el eximio donante deseaba se permitiera el acceso a cuantos quisieran “veurer i llegir algun llibre dins dita llibreria”. El prior, fr. Isidro de la Asunción, y la comunidad, de acuerdo con el famoso arquitecto catalán, fr. José de la Concepción, “tracista de la provincia”, se decidieron a levantar de planta una nueva biblioteca. Así, se puso la primera piedra el 16 de mayo del mismo año para llevar a feliz término la magna obra poco después.

La nueva biblioteca quedó emplazada en el tercer piso del cuerpo edificado exprofeso, de planta rectangular “en buena proporción. Tiene cuatro ventanas grandes que la hacen muy clara. El techo es de cielo raso, todo blanco como las paredes. Por todos los lados la circundan estantes de madera para siete escaños y sobre ellos cuadros de santos y venerables de la Orden, presididos, en la testera, por el de N. M. S. Teresa de Jesús escribiendo... La puerta es proporcionada de medio arriba es de verjas bien labradas”. Por disposición testamentaria del señor Besora, sobre ella se leía: “Omnibus inquirentibus veritatem”, y debajo, este otro rótulo: “Orate, fratres, pro Josepho Hieromyno Besora, presbytero”. Subiendo por las escaleras principales del convento se llegaba primero a la antilibrería... “guarnecida de bancos fijos” como lugar de espera.

Los libros están ordenados por tamaños, en siete medidas. Asimismo, los estantes estaban compartidos por las letras del abecedario que en tamaño grande y vistoso figu-

---

\* [Publicat a *Almanaque Carmelitano-Teresiano* (1959), pp. 111-112.]

rabán sobre el último escaño de la parte superior. Los volúmenes, dentro de cada letra, iban numerados progresivamente, de forma que al dorso figuraban únicamente la letra y el número que le correspondía dentro de la misma. Para el fácil manejo y consulta, la biblioteca contaba con dos grandes catálogos –en forma de libro, según estilo de la época–, uno de autores por orden alfabético y el otro de materias, remitiendo, ambos a la signatura correspondiente (letra y número).

Cuando a fines del siglo XVIII la visitó Jaime Villanueva, eran cuatro ya las bibliotecas públicas con que contaba Barcelona, recalcando que la de San José era la más rica en manuscritos.

Los dos bibliotecarios más señalados quizás sean el P. Juan de la Concepción, natural de Figueres (Girona), profeso de 1656 y muerto en este convento el 17 de octubre de 1708, quien adquirió la Biblia Máxima y las “dos esferas”, y el P. José de la Virgen, célebre investigador de fines del siglo XVIII, que nos ha dejado una obra, *Apología de la Orden del Carmen*. Ambos dirigieron la biblioteca por más de un decenio.

La exclaustación de 1835 acabó con esta rica joya literaria a las órdenes de los revolucionarios en la noche de San Jaime. Lo que pudo, salvarse de las llamas fue a engrosar la actual Biblioteca Universitario-Provincial de Barcelona.